



## Misa Crismal 2026

**E**ntramos en la Semana Santa: la semana del amor más grande, de la entrega más profunda, donde la vida se pone en eje de salvación. En este marco celebramos la Misa Crismal: nos reunimos como presbiterio y bendecimos los óleos, vida sacramental de la Iglesia, que tocan la carne, sanan, consagran y sostienen la vida de nuestro pueblo.

La Palabra nos regala un momento fundante: Jesús en la sinagoga proclama “Hoy se cumple esta Escritura”. Es su presentación programática. Ahí está su identidad, su misión, el sentido de su vida... y también de su muerte.

En esta semana donde la vida se pone en juego y la muerte se asoma, volvemos a lo esencial. Jesús vuelve a la unción del Espíritu y a su misión: anunciar la Buena Noticia a los pobres, liberar a los oprimidos, devolver la vista y abrir un tiempo nuevo. En el centro está la vida de su pueblo, la de los que el Padre le confió, la de los heridos por la injusticia y el egoísmo.

Jesús vive para ellos. Y así como proclama la unción, en la cruz se entrega: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Es la misma unción, la misma entrega, el mismo amor llevado hasta el extremo.

Hoy nosotros renovamos nuestras promesas sacerdotales: es volver al origen, volver a la unción que nos configuró con estilo de Jesús. Unción que no es para nosotros, es para la vida de los que el Padre ama, con el modo de Jesús, que es el modo de Dios, que tiene un nombre: paternidad. Así también nuestro ministerio: la gente nos dice “Padre”, y eso más allá de ser un título... es una vocación que nos desborda. Porque tres segundos bastan para ser progenitor, siete u ocho años para ser sacerdote, pero una vida entera no alcanza para ser padre. Ser sacerdote no es automáticamente ser padre. Los levitas eran sacerdotes... pero solo Jesús abrazó como el Padre la vida de su pueblo.

En su andar nos mostró que ser padre es un aprendizaje, es un proceso, es un camino, es un amor sostenido en el tiempo. Nuestra paternidad es, en el fondo, un acto hermoso de adopción: amar como propio al otro, sin papeles, sin garantías, sin condiciones... y entregarle todo.

En nuestra sociedad sobran progenitores, pero escasean padres. También puede pasar en la Iglesia. Nuestro querido y sufrido pueblo de Dios necesita padres. Un clérigo puede transmitir verdades; un padre se involucra en la vida. Un clérigo media en el culto; un padre cuida el misterio de Dios en la vida del otro. Un padre da vida, sin apropiaciones... para que el otro la viva y realice

su propio recorrido, aunque nunca jamás vuelva la mirada atrás para dar las gracias.

Ser padre, para nosotros sacerdotes, es una decisión diaria, es reinventarnos todos los días, no vivir de memoria, sino con la memoria buena de la unción. Implica amor, renunciaciones, exposición, coraje; implica poner a los hijos primero y antes de nuestras propias realizaciones y gustos. Y también implica dolor, porque el amor verdadero no teme cargarse al hombro los momentos difíciles, el error, la herida.

El padre, un padre cuida la vida, no administra simplemente la casa o los tiempos. Fuimos ungidos para la vida, para cuidar la vida que Jesús rescató de la muerte. No para ser funcionarios de lo sagrado, no para autopreservarnos, no para sostener estructuras que, cuando se vacían Buena Noticia, terminan apagando el futuro y la esperanza. Somos llamados a ser cuidadores, pero de vida; custodios de lo frágil, de lo que nace, de lo que duele, de lo que todavía no termina de levantarse. Con el estilo cercano de Jesús: un estilo que se detiene, que toca, que escucha, que se deja afectar, que no pasa de largo.

Porque la vida de los otros es proyecto de Dios. Y el padre no lo controla: lo acompaña, lo discierne, lo sostiene. Se alegra cuando crece, se queda cuando cae, espera cuando se pierde. No mide resultados, se entrega. No busca eficacia, engendra procesos. Y ahí, en esa entrega cotidiana, silenciosa, a veces desgastante, es donde la unción, como la paternidad se hace vida.

Ser padre es apostar al futuro incierto. Es creer lo que no se ve, es sembrar sin garantías. Es una bendición que nos pone en crisis, porque nos saca de nosotros mismos, nos rompe las seguridades. Pero es precisamente ahí donde la vida se vuelve fecunda: cuando dejamos de cuidarnos a nosotros mismos para empezar a cuidar la vida de los otros.

Y como padres en la Iglesia —familia grande de mesa compartida— hoy estamos ante un desafío decisivo: devolverle a la Iglesia una fuerza de realidad que necesita para no “morirse de vieja”. No de edad... sino de encierro, de autorreferencialidad, de miedo. Estamos urgidos a poner en el centro el Evangelio, incluso cuando incomoda, desarma y nos obliga a salir de nuestros lugares seguros.

Porque el Evangelio no se defiende: se vive. No se administra: se encarna. No se encierra: se derrama.

Nuestro sacerdocio paternal no se juega en discusiones internas ni en reformas frías. Se juega en la calle, en el barro de la vida, en el sufrimiento de la enfermedad y la vejez, en el encuentro con rostros concretos. Se juega en ser una Iglesia hospital de campaña, no lugar de poder; una Iglesia que cura antes de preguntar, que recibe antes de exigir, que abraza antes de juzgar.

Y en este camino resuena fuerte el legado del Papa Francisco. Su vida —y también su muerte— no cierran nada: nos dejan una herida abierta, una certeza que no podemos esquivar: Dios es más grande, - como decía él- y la gracia puede ir más allá de lo que la ley pretende controlar.

Francisco nos mostró con su vida que sí. Que la gracia siempre desborda. Que Dios no se deja encerrar. Que nadie queda afuera. Que no hay pecado, no hay herida, no hay historia rota que pueda frenar el amor de Dios cuando encuentra un corazón dispuesto.

Pero esa herencia no es cómoda. Es un aguijón. Nos incomoda porque nos corre del lugar de siempre. Nos hiere porque deja al descubierto nuestras resistencias. Nos despierta porque no nos deja instalarnos. Nos pone en camino porque nos recuerda que la Iglesia es misión. Nos llama a un cristianismo más radical, sí... pero no más rígido, sino más evangélico: centrado en la misericordia, en la pobreza, en la encarnación. Un cristianismo que no tiene miedo de mezclarse con la vida real, de tocar las heridas, de perder prestigio por amor.

Y hoy, como Iglesia, tenemos que elegir: museo o casa abierta. Estructura que conserva... o familia que engendra. Institución que se protege... o comunidad que se entrega.

Porque el Evangelio: quiere latir en la calle, en los barrios, en la vida concreta del pueblo. Quiere hacerse carne en las historias reales, en los dolores concretos, en las búsquedas sinceras. Y ese camino... ya no se puede detener. Porque es el camino de Jesús. Y es el camino de la vida.

Que hoy, al renovar nuestras promesas, volvamos a dejarnos ungir el corazón. para que no se endurezca, para que no se acostumbre, para que se mantenga vivo.

Y que el Espíritu nos regale la gracia —siempre nueva, siempre incómoda, siempre fecunda— de ser, de verdad, padres con el corazón de Jesús.

Mons. Eduardo García  
2 de abril 2026